

LA ESTRELLA BALEAR.

Periódico compilador de lo mas selecto que publican los de España y del extranjero sobre ciencias, literatura y artes.

Este periódico sale todos los domingos.—Precio de suscripcion 4 rs. al mes verificándola por el término de un año, 4 ½ rs. si se limita al de seis meses, y 5 rs. cuando sea por menos tiempo.—Al fin de cada trimestre se verificará un sorteo entre cada cincuenta suscritores que lo hayan sido durante el mismo y el agraciado podrá escoger las obras que guste, hasta el valor de 50 REALES de la librería de Rullan, hermanos, editores, donde se admiten suscripciones.

ADVERTENCIA.

En la tarde del juéves 11 del actual se verificarán los sorteos correspondientes al tercer trimestre de la publicacion de este periódico. Los que gusten presenciar este acto se servirán concurrir el referido día á las 4 de la tarde en la librería de Rullan, hermanos, donde se realizará con las formalidades que corresponden. Avisaremos oportunamente á los suscritores que resulten agraciados, para que pasen á recoger su respectivo premio.

Enriqueta.

(Continuacion.)

¡De qué dependen las cosas! Cuando, despues de maduras reflexiones y de violentos combates, hube renunciado por las mañanas á mi ventana, á mis rosas y á mis claveles; cuando me hube persuadido enteramente de que tambien habitaba el vicio en moradas suntuosas; de que la obrera se abandonaba al primer desconocido que queria llevarla á bailar á la barrera; de que el solteron del puchero nunca habia sido mas que un pobre egoísta cuya cortezanía era asi mismo una bajeza; de que la criada, educada por su ama, arrebatava á esta sus mas caras afecciones y desmoralizaba al mas jóven de sus hijos; y de que todos aquellos mercaderes no se levantaban temprano sino para adulterar sus drogas, ni daban limosna sino por supersticion; púsemc á buscar una cosa cual quiera que reemplazase aquel espectáculo tan animado, y me fuí al tribunal, á la hora del medio dia; esta es la mejor hora. Un abogado que sube, otro que baja; jóvenes imberbes aparentando negocios y no teniendo ninguno, magistrados fastidiados, alguaciles que gritan, pesados carruages cargados de presos que juegan su vida ó su libertad á los dados de la elocuencia del primer que llega. De suerte que en el santuario de la justicia no hallé digno de admiracion sino el emverjado que es todo de hierro y dorado enteramente: y me figuré ver delante del emverjado á un cerragero, espuesto á la verguenza por haber robado un pedazo de hierro, y reflexionando tristemente que aun hubiera continuado siendo dichoso y libre en medio de su familia si hubiese sido dueño de una parte del mismo emverjado; me figuré que el cuitado se sentia de repente interrumpido en sus reflexiones por una

cosa fria que le marcaba la espalda, dejándole un dolor agudo: y una infamia eterna! (1)

En otro tiempo me gustaba á mí el muelle de las Flores, sitio encantador que reúne las dos orillas del Sena, y á donde concurren todos los aficionados á los placeres baratos: allí sin escritura, sin escribano, sin informaciones, comprais una tierra, un vergel, un jardin que os llevais debajo del brazo; mirtos, rosas, renúnculos, adelfas, florecillas azules sin olor, margaritas blancas, anchas y amarillas en el centro, claveles abiertos sobre un naípe, que á veces es un rey de espadas ó de oros, ó cualquiera otra de las potestades decisivas del juego que envian á un hombre á galeras ó al fondo del agua. Mirado de mas cerca el muelle de las Flores me entristece: está á dos pasos del patíbulo, sobre el camino de la Greva, enfrente de la *Gaceta de los Tribunales*, cercado de alguaciles, de procuradores, de escribanos teniendo en el fondo de cada vaso esencia de cal para que la flor salga mas hermosa, poco mas ó menos como las disciplinas del maestro de escuela hacen al niño mas dócil y mas amable. Ya no paso sino muy rara vez por el muelle de las Flores.

Así ¡todo se desnaturaliza! La verdad tan deseada de los sábios es una cosa espantosa, es como los espejos de aumento: acercáos y retrocederéis de terror al aspecto de unos ojos sangrientos, de una piel llena de surcos, de unos lábios resquebrajados; y sin embargo ese es vuestro rostro de jóven. En este mundo una pasion nueva casi siempre basta para aumentar los objetos como los espejos de aumento, y entonces cuanto pasa delante de nuestros ojos se presenta á ellos con una tinta uniforme. En cuanto á mí, ya me era imposible ver otra cosa que una naturaleza contrachecha. Mi inflexible análisis se introducía por todas partes, rasgando descaradamente los vestidos mejor cortados, rompiendo la mas pequeña lazada, descubriendo sin miramiento la enfermedad mas oculta, y conceptuándose feliz en su maligna alegría al hallar tantas escepciones de lo bello. Y á la verdad lo bello donde ecsiste? quién es el hombre que posee lo que él llama sentidos, ese no sé qué tan mezquino con el cual aspira á penetrar la naturaleza? Pensando de esta manera me dirigi al hospicio de los ciegos, y tuve que taparme los oidos al percibir la musica que allí se toca; fuí al establecimiento de sordo-mudos, y cerré los ojos por no ver la metafísica que se les enseña; entré en las casas de ortopedia, y reflexioné amargamente que todos aquellos defectos vertebrales iban á ser disimulados para engañar y á mí el primero.

Ví entre otras cosas, en un hermoso dia de reemplazo militar, á los defensores de la patria: los unos tenian camisas súcias. los otros camisas rotas; algunos, y eran los mas elegantes, no tenian camisa; ¡qué cuerpos! ¡qué miradas! ¡qué vago deseo de no ser soldados! ¡Mirad ese hombre que

(1) La marca de hierro ardiendo fué abolida en el último trastorno de la Francia.

los mide; que los estudia con menos miramiento que lo haria con un caballo de calesin! á la verdad la especie humana es una especie degradada; ni razas distintas, ni un hombre parecido á otro hombre, ni un caracter que obligue á los de mas á decir: ese es un lemosino, ese es un lionés, ese es un parisiense; toda la especie es una misma clase.

Al entrar la noche comenzaba mi regocijo: me iba solo á la puerta de los teatros y veia á muchos cuitados arrebatarse un puesto para aplaudir á un envenenador ó á un diablo, á un parricida ó á un leproso, á un incendiario ó á un monstruo; y veia circular hombres sin otro oficio que el de ser alternativamente ladrones, gendarmes, plebeyos, ricos-homes, griegos, turcos, osos blancos, osos negros, cadáveres, todo lo que se les mandaba, sin contar que hacian representar á sus mugeres y á sus niños pequeñitos y á un decrepito abuelo, y sin contar que tenian vanidad y se habian apropiado un hombre y una individualidad como los antiguos gascones hacian con el título de monseñor. Placer tan espantoso é inmundo me repugnaba, pero entraba en mi sistema observar el mundo divirtiéndose, riendo, viviendo teniendo actores, actrices, un apuntador, y hombres de ingenio espresamente destinados á destilar por el cañon de su pluma el crimen y el robo.

En seguida recorria los paseos, é iba observando en todas sus fases las malas costumbres parisienses, que partiendo de la Bastilla, comienzan de una manera vergonzosa. Muéstrase en aquel sitio por entre los lábios de un muchacho que entona alguna cancion obscena para divertir á la gente del puerto y á los empleados de las puertas. Mas adelante cambia de faz: delantal negro, media blanca de algodón, cofia redonda, mirada modesta y furtiva, andar lento é inquieto casi rozándose con las paredes de los edificios como si temiese el contagio de un apestado. Un poco mas adelante se presenta adornada, descubierta, peinada con canciones entonadas por una voz ronca, en falso, con almizcle ámbar y sin necesidad de pagar contribuciones; despues viene la inmoralidad del hombre joven; pañuelo de cachemira, treinta y seis años, coche alquilon, asiento de teatro de segundo orden, y un estudiante arruinado para todo un trimestre; finalmente, mirad la del hombre opulento, una muger jóven y bella, seductora y ataviada, con cabellos hermosos, en una palabra una bailarina, y los aplausos comprados que resuenan hasta la resplandeciente bóveda. Llega la hora de la prostitucion completa; considerarla y levantad la cabeza; ¿de donde sale ese ruido? de las casas de juego y de disolucion. En lo alto de aquella torre hay un hombre que está fabricando moneda falsa; en aquel ángulo oscuro está una muger desacreditando á su marido y un hijo robando á su padre. Escuchad: ¡que espantoso ruido! un cuerpo pesado acaba de caer desde el pretil del puente á las aguas del Sena; quizá era un jóven; la corriente le arrastra; pasado mañana se le encontrará en la presa.

Y en efecto tres dias despues de esta escena, le encontré yo en la Morga. He aquí como de las sensaciones incompletas y del horror bastardo vine yo á dar de un horror que comenzaba á ser mas verdadero y mejor sentido.

CAPITULO IV.

La Morga.

Turba sin nombre.

VIRGILIO.

Por mas que yo me distraía, sentia siempre en el fondo del alma cierta cosa, si echara algo de menos; faltaba á mi nueva vida un objeto, una heroína, en una palabra la unidad; faltábale la muchacha de Vanvres. Una mañana al volver de una esquina me encontré con el objeto deseado.

Ya no llevaba su ajado sombrero de paja, ni era aquella su tez fresca y colorada, ni aquellos los brazos que empañaba y robustecia el sol; pero ni sus guantes, ni su calzado algo traído, ni su sombrero nuevo, ni el crugir de su vestido de seda, ni su paso contenido me impidieron conocerla; era Enriqueta. Andaba con dignidad, miraba con precaucion, bajando la cabeza y lanzando ojeadas furtivas:

aunque se iba deteniendo en todos los almarenes de modas y donde quiera que habia algo que ver, parecia sin embargo tener prisa y querer andar con celeridad, pero el momento aquel era mas fuerte que su voluntad y la subyugaba enteramente. Por lo demas, su aire modesto, su paso decente, y la reserva algo afectada de todo su persona me dieron á entender que era una muger perdida.

El camino fué largo. Al extremo de la calle de Santiago habia un grupo considerable de gente: tratábase de una venta en pública subasta. La turba de los mercadèes sitiaba el interior y la puerta de la casa; de cada lado de la calle se veian estendidos y separados todos los artículos ordinarios de los marcaderes ambulantes; algunos espejos nuevos, libros viejos de devocion, los objetos mas sùcios de la vida comun, y algunas pinturas sin marcos. En lo interior de la casa se notaba un espectáculo doloroso: la víctima era un cuitado, preso por deudas, á quien estaban vendiendo todos sus muebles, aquellos muebles de ningun valor tan preciosos para él, aquella pobre nada constituía su haber entero, la dura cama que fué su cama de boda, la mesa de pino sin pintar sobre la que escribia sus libros, el sillón viejo que vió morir á su abuela, el retrato que él habia sacado de su muger, y buenos grabados clavados tristemente en la pared con alfileres. Todo esto se hallaba en manos de justicia y la justicia estaba representada por una voz chillona y por otras varias voces que pregonaban la venta. Todo se vendió, hasta el canario cuya jaula se veia colgada; solo el perro del infeliz no halló comprador por ningun dinero; ¡el perro y el niño del deudor se quedaron en un rincon sin que la justicia pensase en ellos! Necesitóse una hora para despojar á aquel desventurado de todo segun las fórmulas; y nadie paró su atencion en tanta miseria, en tanto abandono, en los cerrojos de santa Pelagia, en los cinco años de prision que pasados, debian restituir al encarcelado á una vida sin asilo, á una libertad sin recursos; nadie pensó en aquel niño.. nadie, ni aun la jóven Enriqueta. Habíala yo estado observando largo tiempo, sin ver en todas sus facciones un solo movimiento de compasion, una sola señal de piedad, nada del alma; salió de la subasta como de una funcion dada de valde, levantándose sus anchas mangas y parándose de nuevo á los veinte pasos, enfrente del despacho de la policia á donde dos corchetes conducian á un mendigo, privado ya de la patente para mendigar.

Hasta aquel dia fatal el pobre habia sido el mas feliz de los mortales, mendigando toda su vida. En la infancia habia alargado su manecita á cuantos pasaban á su lado, sentado tranquilamente en los escalones del Puente Nuevo, entre una jaula llena de perros y una revendedora de decretos republicanos; ya jóven habia tenido el talento de ser asaz contrahecho para substraerse á la gloria militar del imperio, y mendigaba en nombre del imperio, y mendigaba en nombre del trono perdido y de las desgracias de la antigua nobleza; vueltos los reyes á la Francia, se hizo soldado de Austerlitz y de Arcola, y alargó la mano en nombre de las glorias francesas y de los desastres de Waterloo; de manera que jamás le habia faltado la caridad pública. La historia contemporánea era para él un manantial inagotable de caridades abundantes y de limosnas respetuosas; y cuando concluia la cobranza de su impuesto, se quedaba inmóvil en medio de cualquiera plaza burlándose interiormente de la precipitada carrera de tantos hombres como se dirigen á un fin desconocido, y corren sin aliento en pos de no sé qué felicidad, que él habia hallado tan fácilmente permaneciendo siempre en el mismo puesto. Estaba él orgulloso con su vida como un sábio del siglo XVI; verdadero sábio en efecto que habia adivinado la dicha que estaba á su alcance; sirviendo por lo demas al estado con todos sus recursos, y enriqueciendo á su modo á la patria á fuerza de pagar contribuciones indirectas, porque todas las mañanas se abandonaba gustoso á largas é interesantes libaciones, muy provechosas para los derechos de puertas. Además al medio dia, cuando brillaba un sol hermoso y reinaba un aire tranquilo y puro, él se solazaba con su pipa pequeña y negra embriagándose con los vapores del tabaco; y rodeándose de las imágenes risueñas de un ondulante humo tan beneficioso para los estancos; y como por otra parte su comida se reducía de ordinario á carnes saladas, opinaba con razon que él era el ciudadano mas útil de la Francia, su-

puesto que consumia mas que otro alguno, vino, tabaco y sai, que son los tres artículos mas útiles para un gobierno representativo. Lo cual no estaba mal pensado para un mendigo como él.

Así es que quedó aterrado, cuando le anunciaron que eu adelante tendria alojamiento, comida, cama y ropa labada, sin necesidad de mendigar.

Nosotros le vimos pasar hácia el hospicio de los mendigos; su rostro no habia perdido todavia la serenidad, su actitud era tranquila, y notábasele una nobleza triste, mas como al fin se trataba de su libertad, me dió compasion. Enriqueta volvió á otro lado los ojos con indiferencia, y continuó su camino; yo la seguí y llegamos ambos á la Morga.

La Morga es un edificio pequeño, colocado á guisa de centinela enfrente de un hospital, y cuyo techo de media naranja cubren yerbas marinas, y una planta siempre verde que produce un efecto encantador. Distínguese la Morga desde muy lejos, y estréllanse á sus pies oleadas de aguas cargadas de inmundicia. La entrada del edificio es libre para todos, su baja puerta está abierta constantemente, y sus paredes no cesan de gotear; en medio de aquella soledad hay cuatro ó cinco losas anchas, sobre las cuales se hallan recostados ordinariamente otros tantos cadáveres; algunas veces, en las épocas de mas calor y en todas las que se ven melodramas nuevos, los cadáveres se encuentran á dos por losa. En aquel día no habia mas que tres en el edificio: era el primero el de un anciano que se habia roto la cabeza á consecuencia de una caída dada desde un tercer piso, en el momento de acabar su jornal y de ir á cobrar su corto salario. Inevitablemente el infeliz despues de largos años de trabajo se habia debilitado en demasia para ejercer su penoso oficio; las *comadres* de la vecindad, que encontraban en la Morga una deliciosa reunion para charlar y divertirse, contaban que de tres hijos, que habia dejado el anciano, ninguno habia querido reconocerle temiendo á los gastos del entierro. Al lado del pobre albañil yacia un muchacho, rebentado por el carruaje de una actriz de la ópera, y oculto en parte debajo de un cuero negro y húmedo que cubria su ancha herida; no parecia sino que se habia dormido olvidándose de la leccion y de las disciplinas de su maestro de escuela; encima de la cabeza le habian colgado la gorra el cartapacio verde, la blusa bordada manchada de polvo y sangre, y la cestilla del almuerzo. En medio del recinto, sobre una piedra separada se veía un jóven abogado, lívido, con lujosas ropas encima de su cabeza. Enriqueta se detuvo delante de él, y sin cambiar de color se dijo á sí misma: ¡él es!

Y en efecto él se habia quitado la vida por ella. ¡Por ella habia olvidado su gótico castillo, su vasto condado, su porvenir en la camara de los lores de Inglaterra, su nombre que la América no pronuncia sin bajar la cabeza! ¡Es que él la habia visto como yo sobre Buchi: la habia visto en su belleza virginal, y bajo formas tan puras habia creído hallar un alma! Ella no dijo mas palabras que estas: él es; y en seguida, bien segura de encontrarse ya libre, hubiera salido de allí sin detencion, si de repente no hubiesen entrado dos jóvenes. Uno de ellos tenia el aire almidonado de un criado de casa rica, y era nada menos que un sabio precoz; el otro parecia un gran señor, y era el lacayo del muerto.

A la primera ojeada conoció el segundo á su amo; habíanse los dos criados juntos, juntos habian atravesado todos los bosques del condado de Kent; la casa del amo era la del criado, el amo no disfrutaba de mejor fuego que el criado, de mejor asado de vaca, ni de mejor cerveza; eran hermosos, el uno tanto como el otro. El lacayo se paró á los pies del muerto, sumergiéndose lentamente en su dolor mudo, mientras que la turba imbecil é innoble daba muestras de no comprender nada de aquella silenciosa desesperacion.

Precisamente aquel día se celebraba en la Morga el cumpleaños del guarda; su familia y sus amigos estaban sentados á la mesa; cantábanle coplas compuestas para él espresamente, y él se abandonaba con toda su alma á la embriaguez comun; sin embargo, de tiempo en tiempo alzaba la cortina encarnada de su comedor para asegurarse de que nadie iba á robarle sus muertos.

Al fin el jóven que habia entrado con el inglés acercándose á este le dijo:—¿Quereis volver á ver de pie á vuestro amo?—¡A mi amo! respondió el inglés.—Si, á

vuestro amo, de pie derecho y abriendo los ojos, ¿lo quereis?—El inglés le miraba con un aire tal de incredulidad inquieta y dolorosa, que cualquiera hubiera creído ver tambien en él á un hombre del otro mundo.—Esta noche, continuó el desconocido, llevadme ese cadáver á las nueve, y os cumpliré mi palabra.—El inglés cogió temblando la tarjeta con las señas que el otro le presentaba, y como vencido por tan confiada y solemne promesa, respondió: Iré.— Parecia un hombre desesperado que firma su sentencia de muerte. Entonces el desconocido, Enriqueta y yo, como si hubiésemos estado de acuerdo salimos á un tiempo de la Morga.

Apenas fuera de ella, me dirigí al jóven; ya no pensaba en Enriqueta, porque ocupaba enteramente mi imaginacion el cadáver que el desconocido debia hacer resucitar aquella noche.—Caballero, le dije sin embarazo, me tomo la libertad de suplicaros que me admitais esta noche á ver el milagro que habeis prometido.—Con mucho gusto, caballero, respondió él muy cortesmente, y creyendo que Enriqueta iba conmigo, se volvió hácia ella; pero yo no oí su conversacion, y parándome de repente, dije para mí no sin sentir herizárseme el cabello: ¡ánimo! ¡He aqui un gran paso dado en la vida del horror!

CAPITULO V.

Galvanismo.

Si no es imposible, puede ser.

SCRIBE.

Preparéme para la noche, pues me encontraba desconcertado como si fuese á asistir á un homicidio. En materia de crímenes tengo yo una teoría que pudiera dar asunto para un libro voluminoso. Yo me imagino que si á todos los hombres fuese dable habitar aposentos vastos y grandes, estarían menos espuestos al crimen y mas sujetos á los remordimientos. En estos tiempos todo lo hemos achicado: entiérrase á un hombre en un espacio de seis pies de largo y seis pies de ancho; él mismo reduce todavia mas tan pequeño espacio con cuadros risueños como el sueño de un niño; con libros empolvados y con estatuas inmundas; ahógase bajo el lujo y el producto de las artes para hallar á cada movimiento de cabeza una distraccion nueva; sitiado así, ¿cuál será el medio de tener un pensamiento de virtud ó de terror? ¡Habládme de un vasto aposento donde apenas entre la luz y cuyas paredes estén cubiertas de negras tablas de encina! En él todo es solemne; en él un eco pérfido repite lentamente al menor latido del corazón; en él se siente en toda su fuerza la debilidad de un ser que no puede llenar la morada que ocupa; en él el silencio mismo tiene su lenguaje. Por mi parte ¡yo temblaba, tenia miedo! pero partidario decidido de lo terrible, ¿como rehusar esta iniciacion postrera? ¡Saber el griego y no leer la Iliada! Dieron las nueve y partí.

Mi caballo corria, el camino me parecia largo; pero llegado á la puerta, el camino me pareció demasiado corto: la casa tenia buena fachada; subí á ella y en un salon bien alumbrado encontré á algunos jóvenes de buen humor, al dueño que me recibió saludándome, y á Enriqueta medio recostada sobre un canapé, como si hubiese sido el ama de casa.

La conversacion era muy animada y muy alegre, hablábase de todo y con gusto, parecia aquello una reunion convocada para divertirse; cuando de repente oimos unos pasos cansados en la escalera, un fuerte ruido en la puerta, y el rechinar de las dos hojas del salon que se abrieron; era el jóven de la Morga. Traia sobre sus hombros el cuerpo de su amo, y en la mano izquierda un bulto bastante voluminoso: como no halló nada preparado para recibir el cadáver, frunció las cejas, y sobre el mismo canapé en que estaba recostada. Enriqueta depositó su carga preciosa, de manara que la cabeza del ahogado, descansaba al lado de la jóven en el mismo cegín.

Quedóse con el segundo paquete debajo del brazo, paquete en el cual guardaba la pierna del cadáver separada del tronco por la descomposicion natural.—Vuestra operacion será así mas bella, dijo, acercándose al dueño de la casa.

Entre tanto se estaba preparando una mesa, cubierta de periódicos, de grabados y de música nueva, por lo cual se invirtió en ello algun tiempo. El inglés que se habia vuelto hácia el sofá, no soltaba el paquete de debajo del brazo.

Luego que todo estuvo dispuesto, colocóse el cuerpo sobre la mesa, acercóse al tronco el miembro que le faltaba, y el jóven elegante se puso á operar.

El cadáver se levantó, sus dos mandíbulas chocaron entre sí, la pierna arrancada volvió á caer pesadamente sobre el suelo, á este duro golpe el piano despidió un lastimero sonido, y se acabó!

El inglés estaba fuera de sí; lanzó un grito de alegría, pero acercándose á su amo volvió á hallar un cuerpo inanimado; cogió su mano, pero aquella mano estaba fria; restregóse los ojos como si se hubiese sentido atormentado por un sueño cruel, y quiso huir. Yo le seguí sirviéndole de apoyo, y al llegar á la puerta, volviéndose hácia el sabio con una mirada amenazadora le dijo.—Caballero, volveré á buscar á mi amo mañana al medio dia; me respondeis de él con vuestra cabeza, le quiero todo entero.

Y salimos.

En la escalera creímos derribar á un criado de la casa que subia con una ponchera para que bebiesen el dueño y sus amigos.

(Se continuará.)

LA ESTRELLA BALEAR.

En el cielo de mi patria
Una estrella hermosa brilla,
Clara, pura y sin mancha,
Cual rayo de luz solar;
Y vela sobre el destino
De tres rocas olvidadas,
Ricas alfombras doradas,
Estendidas sobre el mar.

Hermosas conchas que anidan
Cien perlas en sus cien pueblos
Que á dulce vivir convidan
A la virtud y al valor.
Morada de un ángel bello
De resplandor semblante,
Que á mi corazón amante
Incendió en férvido amor.

Y ella desde su alto trono
Los vé en silencio dormidos
Sobre céspedes floridos,
Sin pesares que sentir:
Y cual ojo del Divino
Fija en ellos su mirada,
Y les señala el destino
De su tranquilo existir.

¿Es quizá su luz hermosa
Una abertura del cielo,
Por do baja esplendorosa
La luz del celeste Eden?
¿O es acaso algun destello
Celestial y sacrosanto,
Que se desprende del manto
Que lleva el supremo Bien?

Ay! lo ignoro, mas la miro
como un sér á quien adoro,
Como un precioso tesoro
De la mano de mi Dios;
Porque ella ve mi familia

Y al ángel de mis cuidados;
Y aunque léjos apartados,
Nos mira á un tiempo á los dos.

Porque aquella hermosa estrella
Es la mirada que al cielo
Dirigió tal vez mi bella,
Que se refleja hácia mí;
Y en mi pecho conmovido
Derramando su rocío
Crecer hace al amor mio
Que anhela el vivir allí.

Allí en donde un feliz tiempo
Disfruté plácidas horas,
Y las auras seductoras
De su jardín respiré,
Entre flores olorosas
Que adornan el verde suelo;
Bajo el despejado cielo
Que en aquel campo se vé.

Allí en mi patria adorada
Que mi niñez ha mecido,
Rico paraíso escondido
Entre las olas del mar:
Imágen del Paraíso,
Objeto de mis desvelos,
Precioso don que los cielos
Al hombre quisieron dar.

Ah! ¿porqué de tí apartado
He de sufrir con paciencia
Mi dolorosa existencia,
Mas amarga que la hiel?
Ah! ¿porqué, cuando gozaba
Entre ambientes olorosos
Largos días amorosos,
Muy mas dulces que la miel?

¿Do fueron con sus risueñas
Y celestes ilusiones,
Esperanzas alhagüeñas
De mi tempestuoso amor?
¿Do volaron presurosos,
Que ni aun su sombra veo,
Ni de existir poseo
Un recuerdo aliviador?

Ah! tornad luces fugaces
De la noche de mi vida,
Volved á mi alma afligida
Su bienestar y su paz.
Haz que tornen, tú lo puedes,
De mi patria clara estrella,
Y á gozar volveré en ella
Largas horas de soláz.

Barcelona 20 Enero 1845.

P. de A. PEÑA.

En la librería de *Rullan, hermanos*, se suscribe al **DICCIONARIO DE LA LENGUA CASTELLANA**, redactado sobre la última edicion del de la Academia y en vista de cuantos se han publicado hasta el dia.— Un tomo de unas 640 páginas en 16.^o mayor á dos columnas, cuyo coste será de unos 20 rs. para los suscritores. A los 400 primeros, concluida la obra, se les regalará un apéndice de todos los verbos irregulares de la lengua castellana.

Imp. de P. J. UMBERT.